

Hay pensamientos delicados y algo del tinte meridional de Andalucía en los versos que nuestro escritor dedicó á una señora de Granada; mas siempre sobrepaja, en mucho, la tersa, animada y castiza prosa del literato á las composiciones poéticas que de él conocemos.

IV

Era tal la viveza de imaginación y la asiduidad en el estudio de aquel pensador, que hallándose en Santiago de Chile, á fines de 1870, le sobrevino, á consecuencia del ple-tórico estado de su constitución, un ataque apoplético. Al levantarse del asiento donde se encontraba en su escritorio, con el propósito de tajar una pluma de ave, cayó sin sentido. Lo sangraron sin piedad, y desde entonces quedó su mente amortecida, su juicio débil, y su memoria escasa. Diríase de aquel astro que, recorrida su brillante órbita, descendía lentamente á su ocaso, cuando súbita nube ocultó su disco fulgurante á la contemplación de sus admiradores. Desde entonces se apoderó de Gómez profunda tristeza. Volvió á su patria, y dividía su tiempo entre la lectura y el ejercicio á pié. Tomaba baños fríos, todas las noches, y aun así dormía poco. Pero ¡quién creyera que en tal estado de opacidad de mente y turbación de ánimo, todavía escribiese con envidiable facilidad brillantes artículos! Ahí están en "La Revista de la Universidad" los que redactó sobre literatura hispano-americana, economía política, instituciones adecuadas, inmigración, poesía, escritores extranjeros, etc.

A semejanza del millonario que derrocha su caudal, y cuando vuelve la vista atrás, ya se cree relativamente pobre, pero puede satisfacer hasta sus extravagancias y caprichos, podía el Dr. Gómez, enfermo y desmemoriado, hacer lucir su pulcra dicción y caudal de ideas y de citas. Así como las últimas llamaradas de un volcán, próximo á

extinguirse, lucen en el firmamento, lo iluminan y proyectan su clarísimo fulgor por circunferencia extensísima, es dado al sabio despedir de su inteligencia, anublada si se quiere, chispas de genio, y lampos de luz, al borde de la tumba.

Pugna la hoja por caer de la rama que le presta nutrimento, y lucha desesperada con el huracán que la sacude: remisa la lágrima de una madre, apenas se atreve á caer sobre el rostro exánime de la hija de sus amores, para decirle el adiós postrero: forceja la luz del crepúsculo de la tarde por no ceder el paso á las sombras de la noche; y el escritor galano y fácil, que con indefinible tristeza veía avanzar en fúnebre cortejo las últimas horas de su vida intelectual, por más que el débil cuerpo aun no hubiera muerto, hacía esfuerzos por que sus ideas quedasen consignadas en sus magníficos escritos.

Aquella excitación que en vago anhelo lo abrasaba, debía tener un término, no diremos que para que se extinguiese el genio, porque el inmortal espíritu, despojado de corporales ligaduras, había de volar con libertad á la mansión celeste; y su memoria servirnos de enseñanza y de justo envanecimiento al través de los tiempos; sino para que aquel hombre célebre descansase de las fatigas mundanales.

El Dr. D. Ignacio Gómez expiró cristianamente el 5 de junio de 1879.

Sus restos se encuentran sepultados en la antecapilla del antiguo cementerio.

La prensa del país vistió luto.

Los diarios de Lima, haciéndose eco de tan dolorosa noticia, tributaron á la memoria del ilustre literato y diplomático merecidas alabanzas.

Guatemala: 30 de enero de 1889.

Antonio Valenzuela.